

## Capítulo 75 - La ira del cielo contra el dedo medio de Tian

El cielo sobre mí empezó a agitarse como un ser vivo, enormes nubes de tormenta se reunían con una velocidad antinatural, sus bordes crepitaban con relámpagos divinos que hacían gritar al aire mismo.

La oscuridad se extendió desde mi posición como tinta derramada, consumiendo la luz del sol por decenas de millas en todas direcciones mientras la Voluntad del Cielo centraba su atención en la anomalía en la que me había convertido.

El trueno retumbó con la voz del juicio cósmico, y pude sentir el peso de unos ojos antiguos presionando desde dimensiones más allá de la comprensión mortal.

El tejido mismo de la realidad gemía bajo la presión de fuerzas que podrían borrar continentes con un pensamiento.

Una lenta sonrisa se extendió por mi rostro mientras miraba hacia el torbellino creciente de ira divina.

"Ahora", dije suavemente, mi voz se escuchó a través de las barreras dimensionales, "¿deberíamos usarlo?"



"Me pican las pelotas". Lo más probable es que, después de tanto tiempo con mis esposas pervertidas, mis pelotas se esfuercen por generar esperma. Ahora están completamente cargadas, como si estos gamberros vieran que, en lugar de mis esposas, pronto se van a follar el mismísimo cielo.

Chasquéé los dedos.

El palacio del placer se materializó a mi alrededor en una explosión de seda y luz dorada, la realidad se plegó para acomodar el espacio dimensional.

Mis tres esposas yacían despatarradas en la enorme cama exactamente como las había dejado: la figura bronceada de Yue aún brillaba de sudor, sus pequeños pechos subiendo y bajando pacíficamente; el cuerpo curvilíneo de Mei envuelto en una satisfacción exhausta, sus enredaderas flácidas y arrastrándose por las sábanas; las gruesas curvas de MILF de Feng presionadas contra la seda, sus enormes pechos apoyados contra la tela.

Los tres estaban cubiertos con la evidencia de nuestra sesión maratónica: chupetones morados y rojos en sus cuellos y clavículas, marcas de mordeduras en sus pechos y vetas de semen seco pintando sus muslos.

Parecían como si hubieran sido completamente conquistados, lo cual, para ser justos, así era.



Caminé hacia la cama; mi presencia mejorada hizo que el aire brillara levemente a mi alrededor y extendí la mano para sacudir suavemente el hombro de Yue.

"Levántense y brillen, mis hermosas esposas", dije con voz cálida y cariñosa a pesar del caos cósmico que se gestaba afuera. "Es hora de afrontar la realidad".

Los ojos verdes de Yue fueron los primeros en abrirse, enfocándose inmediatamente en mi rostro con ese agudo instinto de arquera, pero su expresión cambió de alerta a confusión cuando observó mi apariencia.

"¿Tianlong?", murmuró, con la voz ronca por el sueño y los gritos. "Te ves... diferente. Como si tuvieras luz bajo la piel o algo así."

Sus palabras conmovieron a los otros dos. Mei levantó la cabeza, con el cabello oscuro cayéndole sobre la cara mientras parpadeaba como un búho, y luego jadeó suavemente.

"Esposo, tu cuerpo... está radiante. No literalmente, pero..." Le costaba encontrar las palabras, extendiendo una mano para tocarme el brazo y luego retirándola como si tuviera miedo. "Irradias energía. Tanta energía."

Feng se incorporó apoyándose en los codos, abriendo mucho los ojos azul pálido mientras sus sentidos, entrenados por la secta,



analizaban lo que veía. Su expresión pasó de una satisfacción somnolienta a una alarma aguda en segundos.

"Eso no es posible", susurró con la voz tensa por la incredulidad. "La densidad del aura, las distorsiones espaciales a tu alrededor... Tianlong, estás mostrando señales de cultivo en el reino del Gran Vehículo".

Me reí entre dientes, y el sonido resonó con armónicos que no había tenido antes. "Siempre tan lista, ¿verdad, mi reina de hielo?"

"¿C-cómo?", tartamudeó Feng, incorporándose por completo, con sus enormes pechos balanceándose. "Hace apenas unas horas estabas en la Cúspide de la Formación del Alma, y ahora estás..."

La interrumpí extendiendo la mano y apretando firmemente su pesado pecho, mis dedos se hundieron en la suave carne mientras ella jadeaba.

Su pezón se endureció instantáneamente bajo mi palma y sonreí cuando sus ojos se abrieron de par en par.

"Este es el poder de estas enormes fuentes de energía", dije con descarado deleite, apretándole la teta de nuevo, haciéndola gemir suavemente. "¿Quién iba a decir que los cuerpos de mis esposas eran recursos de cultivo tan increíbles?"





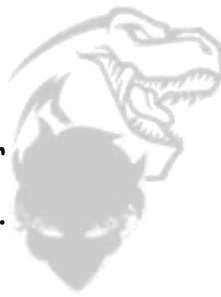
Las tres mujeres me miraron en estado de shock, procesando la cruda implicación, antes de que Yue resopló de risa.

—Maldito pervertido —dijo, pero con calidez en la voz—. Claro que encontrarías la manera de que ascender a la divinidad se tratara de nuestras tetas y culos.

"Nuestro marido, sin duda, sigue siendo nuestro marido", rió Mei, con sus piernas ligeramente moviéndose al estirarse. "Por muy fuerte que se ponga, sigue pensando con la polla".

Se lo estaban tomando notablemente bien, tenía que admitirlo.

La mayoría de las mujeres quedarían aterrorizadas al descubrir que su marido se había convertido en un desastre natural andante.



¿Pero los míos? Simplemente asintieron como si la trascendencia cósmica fuera algo normal del martes.

"Hablando de eso", dije, chasqueando los dedos. Al instante, todos vestimos ropa: túnicas sueltas para ellos que, de alguna manera, lograban ser elegantes y ajustadas, y un traje negro a medida para mí. "Deberíamos irnos. La tribulación está a punto de comenzar".

—Espera —dijo Yue, incorporándose y haciendo una ligera mueca—. Todavía me duele muchísimo... todo. ¿No puedes curarnos?



Arqueé una ceja. "Claro que puedo. ¿Quieres que te alivie los dolores?"

Las tres mujeres intercambiaron miradas y luego negaron con la cabeza al unísono.

—No —dijo Mei en voz baja, llevando una mano a su cuello marcado—. Quiero sentirte en mi cuerpo. Todo tu ser. Durante el mayor tiempo posible.

—El dolor me recuerda lo que compartimos —añadió Yue, con las mejillas bronceadas enrojecidas—. No me lo quites.

Feng asintió, aunque parecía avergonzada por la confesión. "Las marcas... son la prueba de lo que pasó. De lo que somos el uno para el otro".



Sentí un calor intenso en el pecho al oír sus palabras. Estas mujeres, cargando a mis hijos, luciendo mis marcas como insignias de honor, se negaban a sanar porque querían recordar nuestra unión.

"Al menos deberían dejarme quitarles los chupetones y las mordeduras de la cara", dije con dulzura. "La gente se quedará mirándolos".

—Que me miren —dijo Yue con fiereza—. No me importa quién sepa que soy tuya.

"Yo tampoco", repitió Mei, mientras sus enredaderas se enroscaban protectoramente alrededor de su garganta marcada.

—Que me besen el culo la Secta Inmortal —añadió Feng con una vulgaridad poco habitual en él—. Ya no quiero ocultar lo que quiero.

Los miré fijamente por un momento, abrumado por el orgullo feroz en sus voces, la absoluta certeza con la que reclamaban su lugar a mi lado.

Éstas no eran sólo mis esposas; eran mis emperatrices, listas para enfrentarse al mismo Cielo si fuera necesario.

"De acuerdo", dije finalmente, con la voz cargada de emoción.  
"Vayamos a ver cómo arde el mundo".

Chasquéé los dedos y el palacio del placer se disolvió a nuestro alrededor.

Nos materializamos en una alta cresta que dominaba el valle donde había estado cultivando, y la vista que nos recibió fue un caos absoluto.

El cielo era una masa turbulenta de nubes negras atravesadas por vetas de relámpagos divinos, que se extendían de horizonte a horizonte como una herida cósmica.





Pero no fueron sólo las nubes de tribulación las que llamaron mi atención, sino todo lo demás.

Cientos de cultivadores llenaron el aire con espadas voladoras, algunos huyendo en pánico, otros cargando hacia mi posición con armas desenvainadas y gritos de batalla en sus labios.

Los discípulos de la Secta Inmortal con sus túnicas blancas prístinas formaron formaciones de batalla, su qi brillaba como pequeños soles mientras intentaban organizar algún tipo de ataque coordinado.

Y todos quedaron absolutamente demolidos.

Rayos del tamaño de manzanas de una ciudad caían al azar, reduciendo escuadrones enteros a cenizas en cuestión de segundos.

Las distorsiones espaciales de mi avance estaban abriendo agujeros en la realidad misma, tragándose a los cultivadores enteros y escupiendo trozos retorcidos de metal y carne.

El aire mismo ardía, convirtiendo a los jinetes de espadas en antorchas chillonas que caían del cielo como estrellas fugaces.

Fue como ver hormigas intentando combatir un incendio forestal.





—¡Por todos los cielos! —suspiró Feng, con el rostro pálido al ver cómo un grupo de expertos en Formación del Núcleo era aniquilado por un solo rayo—. La tribulación ni siquiera los ataca. Simplemente están... atrapados en el desbordamiento.

Los instintos de arquero de Yue catalogaban el caos con interés profesional. «La mayoría intenta alcanzarte antes de que comience la tribulación. Probablemente creen que pueden matarte mientras el Cielo se distrae con los preparativos».

Las enredaderas de Mei se habían extendido protectoramente a nuestro alrededor, creando una barrera viviente contra las energías dispersas que crepitaban en el aire. "Esposo, hay tantas. Miles. ¿Cómo vamos a...?"

La interrumpí con un gesto de desdén, mientras observaba cómo otra oleada de aspirantes a héroes se reducían a pasta cósmica.

"Pfft", resoplé, genuinamente divertido por el espectáculo. "Las polillas están deseando quemarse".

Mis esposas me miraron fijamente, luego a la masacre en curso, y luego de nuevo a mí. Poco a poco, la comprensión se dibujó en sus rostros.

"No te preocupas por ellos en absoluto", dijo Yue, y no era una pregunta.



"¿Debería?", pregunté con genuina curiosidad. "Míralos, Yue. Ni siquiera están luchando contra mí; están luchando contra la energía ambiental de mi avance. Y están perdiendo. Y mucho."

Como para enfatizar mis palabras, un grupo particularmente grande de cultivadores del Alma Naciente eligió ese momento para atacar mi posición en formación cerrada, con sus auras combinadas ardían con furia justa.

Habían llegado aproximadamente a la mitad del camino cuando un rayo de tribulación vaporizó a todo el escuadrón, dejando nada más que un breve destello de luz y el olor a ozono.

"La verdadera tribulación ni siquiera ha comenzado", continué conversando. "Esto es simplemente el Cielo despejando el área de distracciones. Cuando comience el juicio real, cualquiera que todavía sea lo suficientemente estúpido como para estar aquí descubrirá lo insignificante que es en realidad".

Feng me miraba con una mezcla de asombro y terror. "Hablas de la Tribulación Celestial como si fuera... como si fuera una molestia menor".

Me giré para mirar a mis tres esposas, dejándoles ver la luz dorada que ardía en mis ojos, las distorsiones espaciales que ondulaban alrededor de mi forma, la forma en que la realidad misma parecía doblarse levemente en mi presencia.



"Porque lo es", dije, con los labios fruncidos. "Para mí, esta tormenta no es más que el Cielo gimiendo, chorreando como una zorra desesperada. Solo tengo que mantener mi resistencia, follar más fuerte y hacer que el Cielo se corra para mí".

Señalé el cielo embravecido con desprecio. "Tch... si puedo hacer que tres bellezas divinas salpiquen como fuentes rotas debajo de mí, ¿qué hace esta zorra celestial tan barata con su berrinche?"

Y pronto llegaron los aplausos de mis esposas al unísono:

"....M-Maldito pervertido... bastardo."

"...Estoy avergonzada... marido."

"Qué hombre tan indecente es mi marido... Me siento como si hubiera caído en un pozo de absurdo."

—...Qué demonios. Al oír a mis tres esposas volver a sus personajes, me quedé callado, comprendiendo que debían estar bromeando: gemían mientras las penetraba, y ahora... ¿santas?

Pero, de nuevo, es bueno que sólo yo pueda ver su lado verdadero y oculto.

